
ADVERTENCIA OPORTUNA

Robert S. Folkenberg

Prólogo

En los umbrales del tercer milenio se acentuará la religiosidad del pueblo, predicen Naisbitt y Aburdene. Y mientras somos testigos de un creciente interés en los “cultos” esotéricos de extracción oriental los movimientos religiosos cristianos tradicionales lucen decrecientes. ¿Qué síndrome padece nuestra sociedad? Bien aborda el “virus” Gertrudis Stein, cuando declara que “en el siglo XX nada concuerda con nada”. Se desecha lo antiguo por acoger lo moderno –esnobismo–; los tradicionalistas pugnan por volver a los valores primigenios. ¿Qué es lo mejor? ¿Dónde está el valor genuino?

Surgida hace poco más de 130 años, la Iglesia Adventista del Séptimo Día encierra hoy fenómenos interesantes. Su presencia ha penetrado en 208 países del orbe, donde uno de cada mil ciudadanos se declara adventista. Admirados por unos y censurados por otros, casi 10 millones de adventistas se preguntan dónde están; qué papel juegan en el crucial momento histórico que vive la humanidad; cuál es el futuro mediano e inmediato que les aguarda, corporativamente.

El conocido líder de esta iglesia, administrador experimentado y ameno conferenciante, analiza cinco elementos “mayores” de los adventistas hoy. Roberto S. Folkenberg escudriña la mayor necesidad, el mayor peligro, el mayor privilegio, el mayor desafío y la mayor oportunidad del adventismo.

Con un ameno estilo directo, adornado de múltiples anécdotas e ilustraciones, y con razonamientos sencillos, todo ello envuelto en la confianza que le da el apego a la biblicidad, hoy llega a sus manos esta oportuna amonestación. Al adentrarse en las recónditas recámaras de una rica creatividad, el lector recorre algunos recintos íntimos de los cristianos adventistas, llevando como guía al presidente de la Asociación General.

Que esta *Advertencia oportuna* contribuya a fortalecer los lazos de compromiso con nuestro Salvador y Señor personal, es la oración de

Los editores

Contenido

PRÓLOGO	1
CONTENIDO	2
NUESTRA MAYOR NECESIDAD	3
NUESTRO MAYOR PELIGRO	12
NUESTRO MAYOR PRIVILEGIO	22
NUESTRO MAYOR DESAFÍO	32
NUESTRA MAYOR OPORTUNIDAD	41

Nuestra mayor necesidad

¿Recuerda usted la ola de “renacimientos” que hubo en la década de los setenta? Miles se sumergían en tinas de baño, con la nariz bien cerrada y respirando por un tubo de buceo. La idea era repetir, lo más aproximadamente posible, la experiencia de estar en la matriz. Mediante una serie de ejercicios respiratorios, procuraban revivir su nacimiento y su primer aliento fisiológico, psicológico y espiritual; de esa manera pretendían liberarse del trauma relacionado con ese evento. Según la teoría, al quedar libre del trauma del nacimiento, la persona comenzaría a conocer su verdadera identidad y se recuperaría de los problemas no resueltos en el inconsciente. Se estima que unos diez millones de personas pasaron este proceso de “renacimiento”. De hecho, hay quienes todavía lo practican hoy.

Hace dos mil años Jesús se encontró con Nicodemo, líder espiritual de Israel, y le dijo lisa y llanamente: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

- Observe que el Señor Jesús no dijo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no cree en mí, no puede ver el reino de Dios”.
- No dijo: “Nadie puede ver el reino de Dios a menos que ame a Dios y guarde sus mandamientos”.
- Tampoco dijo: “Nadie puede ver el reino de Dios a menos que guarde el sábado y devuelva el diezmo”.
- Ni tampoco: “Nadie puede ver el reino de Dios a menos que haga buenas obras”.
- Ni siquiera dijo: “Te aseguro que nadie puede ver el reino de Dios a menos que sepa bien qué es la marca de la bestia, conozca el verdadero día de reposo, entienda la doctrina del estado de los muertos, comprenda la profecía de los 2,300 días de Daniel y sea lacto-ovo-vegetariano”.

No, Jesús no propuso nada semejante. Lo que dijo clara y distintamente fue: “Nadie puede ver el reino de Dios a menos que nazca otra vez”. En esa declaración no hay terreno neutral. No hay áreas grises. Nada es negociable. Jesús es claro, directo, sencillo. Para poder ver el reino de Dios, debemos nacer otra vez.

Esto hace que sea igualmente llano y simple lo contrario: si no nacemos otra vez, no podremos ver el reino de Dios. Corrie Ten Boom lo expresó así: “Si Jesús hubiera nacido mil veces en Belén, pero no hubiera nacido en mí, yo estaría perdida” (*Christianity Today*, tomo 31, pág. 18).

Por alguna razón, a los adventistas parece no gustarles la frase “nacido de nuevo”. ¿Con cuánta frecuencia oye usted a alguien decir: “Soy un adventista del séptimo día nacido de nuevo”? ¿Verdad que no muy a menudo? Al menos yo no lo oigo con frecuencia. Pero sí oigo a muchos decir: “Soy un *cristiano* nacido otra vez”. En realidad escucho esa declaración por todas partes. Y sin embargo, si tomamos en serio las palabras de Jesús, no hay ninguna duda de que ésta es nuestra mayor necesidad. Si el nuevo nacimiento es absolutamente esencial para ver el reino de Dios, ésta debe ser ciertamente nuestra mayor necesidad.

Y me permito proponer que no hay otro tipo de cristiano sino aquel que ha nacido de nuevo. Y añado que el único verdadero adventista del séptimo día es, también, el que ha nacido otra vez. A menos que usted haya nacido de nuevo, ni el adventismo ni el cristianismo le beneficiarán.

¿Por qué?

Porque mediante el nuevo nacimiento experimentamos lo que significa llegar a ser cristiano. A través del nuevo nacimiento, y solamente a través de él, adquirimos los atributos distintivos del cristianismo. Es el nuevo nacimiento el que nos lleva de la condenación a la justificación, de la enajenación a la reconciliación, de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la esclavitud a la libertad, del andar conforme a la carne al andar conforme al Espíritu, de ser “hijos de ira” (Efe. 2:3) a ser “hijos de la promesa” (Gál. 4:28).

Después que Jesús le dijo a Nicodemo que debía nacer otra vez, pasó a explicarle cómo ocurre el nuevo nacimiento:

De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu (Juan 3:5-8).

Nacer de nuevo es nacer del Espíritu. Esto ocurre cuando la persona realiza una entrega completa de su vida a Dios movida por el impulso del Espíritu Santo.

Elena de White escribió que “el verdadero arrepentimiento del pecado, la fe en los méritos de Jesucristo y el bautismo a semejanza de su muerte, y después ser levantado del agua para vivir una nueva vida, son los primeros pasos en el nuevo nacimiento que el Salvador dijo a Nicodemo que debía experimentar para ser salvo” (*The Youth's Instructor*, 1 de febrero de 1874).

Hace años, el Ku Klux Klan quemó una cruz frente a la casa de un hombre de raza negra. Un muchacho judío que pasó junto a la cruz en llamas le preguntó a su padre qué ocurría. El padre contestó: “Los cristianos perdieron el rumbo”. En realidad muchos cristianos han perdido su rumbo. Y lo mismo les ha ocurrido a muchos adventistas del séptimo día. Es cierto que no andamos por allí quemando cruces, pero también es cierto que tampoco parece que anduviésemos cargando cruces.

En ciertas partes del mundo, la Iglesia Adventista del Séptimo Día ha experimentado una tasa de crecimiento fenomenal, por la cual estoy agradecido. Hemos estado ganando más de mil almas por día. Pero no nos engañemos; necesitamos recordar lo que Jesús dijo a los dirigentes religiosos de su época: “Recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros” (Mat. 23:15).

Es posible que usted me diga: “¿Qué quiere decir? Seguramente las palabras de Jesús no se aplican a nuestra Iglesia”.

Creo que si Jesús estuviera hablando directamente a los adventistas de hoy, les diría: “Ustedes gastan enormes cantidades de dinero en campañas evangelísticas. En esas reuniones enseñan a la gente acerca de la marca de la bestia, la ley, el estado de los muertos, la alimentación y la doctrina de la salvación. Eso está bien, pero cómo me gustaría que les enseñaran también qué significa y cómo se puede nacer otra vez”.

A decir verdad, no necesitamos más gente que simplemente conozca las 27 doctrinas fundamentales; necesitamos más gente nacida de nuevo. William Barclay lo expresó muy bien: “La bondad del verdadero amor cristiano ha atraído más gente a la iglesia que todos los argumentos teológicos del mundo; y la dureza y fealdad del así llamado cristianismo han ahuyentado más gente de la iglesia que todas las dudas del mundo” (Citado en *Leadership*, tomo 9, No. 3).

Desde los días de Jesús, el cristianismo ha padecido más a causa de los inconversos que profesan ser cristianos, que por

todos sus enemigos juntos. Sus mayores deserciones y pérdidas no las han causado los ateos, los filósofos que niegan las creencias cristianas, el comunismo, el budismo o el islamismo. Con frecuencia, el mayor daño al cristianismo es perpetrado por gente sincera que profesa creer en Jesús, que cree tener la verdad, pero que no ha nacido de nuevo.

El solo hecho de creer en Jesús le beneficiará muy poco. Los líderes religiosos que llevaron a la hoguera a Huss y a Jerónimo, creían en Jesús. Hasta Judas creía en Jesús, pero nunca se convirtió. La simple profesión de fe no lo hace a usted más cristiano de lo que ponerle una gorrita a un loro y enseñarle a repetir unas cuantas palabras hebreas lo haría judío. Para ser un cristiano en el pleno sentido de la palabra, usted tiene que nacer otra vez.

Las palabras de Cristo muestran que, como Nicodemo, podemos pertenecer a la iglesia verdadera y no haber vivido la experiencia básica de la salvación: el nuevo nacimiento. Al igual que Nicodemo, podemos ser líderes o administradores de la Iglesia y no haber nacido de nuevo. Y así como Nicodemo, podemos ser gigantes teólogos en la iglesia y sin embargo no haber nacido otra vez. Nicodemo tenía todas las cualidades y era todo lo que se supone que debe ser una persona religiosa. Con todo, carecía de la experiencia crucial de lo que significa ser un seguidor del Dios viviente: nacer de nuevo.

No estamos hablando de conocimientos aquí. Nicodemo era un hombre muy culto. No estamos hablando de fe. Nicodemo tenía fe. No nos referimos al hecho de vivir una vida moralmente buena. Nicodemo era un buen hombre, un buen judío. A diferencia de sus colegas del Sanedrín, Nicodemo estaba abierto a la acción del Espíritu Santo. No era un hombre endurecido, malo ni mediocre; simplemente no había nacido otra vez.

Estamos hablando de una experiencia sobrenatural, una manifestación divina del poder de Dios que obra en el corazón humano para transformarlo; de uno centrado en el yo, a uno centrado en Dios. Estamos hablando de ser engendrados, no de "sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Juan 1:13). Todo el dinero, la educación y la religión del mundo no pueden procurarle esta experiencia. Es algo que usted no puede lograr por su cuenta, como tampoco pudo haber logrado por usted mismo su primer nacimiento natural. La diferencia estriba en que, cuando usted nació por primera vez, no ejerció su voluntad; pero en esta segunda vez, sí.

¿Cómo experimentamos este nuevo y segundo nacimiento? “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1: 12, 13).

Ser “nacido de Dios”, o “nacido de nuevo”, o “nacido de lo alto” es una obra totalmente divina. No sucede por una acción nuestra, por nuestra voluntad, o decisión. Es la obra de Dios en nosotros, a la cual simplemente respondemos.

Nacer en un hogar cristiano, no lo convierte a usted en cristiano. Dios tiene únicamente hijos, no nietos. La experiencia de nacer de nuevo de sus padres no la puede usted heredar, como tampoco puede heredar los conocimientos de física cuántica de ellos. No podemos heredar el nuevo nacimiento, ni la justificación.

Pero, si el nuevo nacimiento depende completamente de Dios, ¿cómo podemos estar seguros de que es su voluntad para nuestra vida? La Palabra proclama que Dios “es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3:9). Su Palabra nos asegura que él no envió “a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). Si Jesús dijo, “tienes que nacer otra vez”, podemos estar seguros de que es la voluntad de Dios que todos tengamos esa preciosa experiencia.

Obviamente el problema no radica en Dios; el problema está en nosotros. En última instancia, a usted y a mí nos toca decidir si permitiremos que Dios realice en nuestra vida el nuevo nacimiento o no, porque la obra de hacernos renacer es totalmente divina.

Surge ahora la gran interrogante: ¿Cómo podemos renacer? Examinemos el relato del apóstol Pablo, anteriormente llamado Saulo, cuyo nuevo nacimiento es una de las experiencias más claras y radicales en la historia de la iglesia.

Saulo se dirigía a Damasco, para arrestar a los judíos que habían creído en Jesús y traerlos a Jerusalén para juzgarlos. Permitámosle narrar los sucesos, según Hechos 22:6-10:

“Pero aconteció que yendo yo, al llegar cerca de Damasco, como a mediodía, de repente me rodeó mucha luz del cielo; y caí al suelo, y oí una voz que me decía:

-Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

-A lo cual respondí:

-¿Quién eres, Señor?

Y me dijo:

-Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues.

Y los que estaban conmigo vieron a la verdad la luz, y se espantaron; pero no entendieron la voz del que hablaba conmigo. Y dije:

-¿Qué haré, Señor?

Observe la respuesta de Pablo al Señor: “¿Qué haré?” Pocos momentos antes Pablo había estado siguiendo los impulsos de su propio corazón, su propio celo de perseguidor de los cristianos. Pero cuando se encontró con Jesús, todo eso acabó súbita y dramáticamente. Al preguntar “¿qué haré?”, Pablo le rindió todo al Señor Jesús. En ese momento decidió no vivir su propia vida, sino vivir para Jesús. Desechó todo lo que Saulo quería hacer, para dar lugar a lo que Cristo quería que hiciera. No dijo: “Señor, esto es lo que yo quiero hacer”, sino: “¿Qué haré, Señor?”

Esta respuesta ilustra lo que me parece ser el meollo de la experiencia del nuevo nacimiento. Renacemos cuando, mediante la acción del Espíritu Santo, nos entregamos a Dios de una manera total, incondicional y sin reservas. Llegamos al punto en que el clamor irresistible de nuestro corazón es: “¿Qué quieres que haga, Señor?” Hacemos la decisión consciente de entregar a Dios el control de todos los aspectos de nuestra vida. Nuestro más ferviente anhelo es que Dios nos dirija, sin importar las consecuencias, y clamamos: “¿Qué haré, Señor?”

En suma, nacer de nuevo es convertirse. Es decidir morir a la vida antigua, para que Dios nos conduzca a la nueva vida en Cristo. El punto esencial es éste: debemos morir antes de nacer otra vez.

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Rom. 6:3-4).

Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará (Mar. 8:35).

De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan 12:24).

Palabra fiel es ésta: Si somos muertos con él, también viviremos con él (2 Tim. 2:11).

Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3).

Primero debemos morir y entonces renaceremos a una nueva vida. A menudo se oye decir que la vida es el inicio de la muerte. Pero Jesús dice justamente lo contrario: la muerte es realmente el principio de la vida. La muerte al yo es el comienzo de la vida que es “eterna” (1 Tim. 1:16); “en Cristo Jesús” (2 Tim. 1:1); “escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). “Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Rom. 6:8).

He aquí el meollo del asunto: todo lo que podemos hacer es entregarnos completamente a Dios: nuestros deseos, pasiones, planes, *todo*. Esto ocurre cuando morimos, cuando decidimos entregarlo todo, incluso la vida, si es necesario. Necesitamos sentirnos indefensos e incapaces delante de nuestro Hacedor, y darnos cuenta de nuestra miseria, debilidad e indignidad, reconociendo que sin Dios no tenemos ni somos nada. Hemos de rendirlo todo a él, mientras imploramos: “¿Qué haré, Señor?” Es así como morimos. Es así, en este sentido, como somos crucificados con Cristo y participamos en su muerte. Note cómo lo describe Pablo:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20).

Pablo murió a su yo en el camino a Damasco, cuando se encontró con Cristo cara a cara; cayó con toda su indignidad frente a la santidad de Dios.

Aquí está la esencia del nuevo nacimiento. Renacemos cuando morimos, cuando somos crucificados con Cristo, de modo que Dios vive en nosotros y nos da una nueva vida. Este es el mensaje central del Nuevo Testamento: morimos al yo y así entramos a una vida nueva en Cristo, en la cual Dios, su ley y su voluntad constituyen el centro de la existencia, no nuestros antiguos caminos y deseos pecaminosos. En esto consiste el cristianismo. Tener esto es tenerlo todo; carecer de esto es carecer de todo. Sin esta experiencia, de nada sirven todas las verdades acerca del sábado, del estado de los muertos, del santuario y de la segunda venida de Cristo.

Esta muerte al yo ocurre cuando reconocemos nuestra necesidad. En cierta ocasión el rey Federico II de Prusia visitaba

una prisión en Berlín. Al conversar con los reclusos, cada uno se declaraba inocente y procuraba convencer al soberano de haber sido encarcelado injustamente. Todos hacían lo mismo, excepto uno. Aquel prisionero, que estaba sentado tranquilamente en una esquina de la cárcel, atrajo la atención del rey.

El monarca se acercó a él y le preguntó por qué había sido arrestado.

–Por robo a mano armada, su Majestad.

–¿Eres culpable de ese delito? – le preguntó el monarca.

–Sí, señor. Merezco el castigo.

Federico se volvió al guardián y le ordenó:

–Ponga en libertad a este hombre culpable; no quiero que corrompa a todos estos inocentes.

El nuevo nacimiento comienza con la admisión de nuestra propia culpabilidad y la subsecuente muerte al yo. Aquí, y solamente aquí, la muerte es el camino que conduce a la vida.

El nuevo nacimiento es uno de los requisitos esenciales si hemos de llegar al reino. Ésta es la mayor necesidad, suya y mía. Fue Jesús, no Roberto Folkenberg, quien dijo: “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7). ¡Cuánto deseo ver nacer de nuevo a cada miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día! Creo que esto es lo que Cristo anhela ver también.

Creo firmemente que el nuevo nacimiento es el remedio para el legalismo. Cuando hayamos nacido de nuevo, serviremos a Dios porque lo amamos a causa de lo que él hizo en la cruz por nosotros, y no por un frío sentimiento de obligación o por un equivocado intento de *ganar* la salvación.

Creo con igual firmeza que el nuevo nacimiento es también el remedio para el otro extremo: la gracia barata, o *haz lo que te plazca*, que los teólogos llaman antinomianismo. Los que se sitúan en este extremo sienten que la fe les da margen para seguir pecando. Pero cuando hemos nacido de nuevo, ¡la obediencia – y no la desobediencia – llega a ser el modo de expresar nuestra libertad en Cristo! Nuestros corazones han sido transformados para estar en armonía con Dios, de modo que al obedecer seguimos los dictados de nuestros corazones nuevos y renacidos. Esa es la verdadera libertad. Obedecer sin haber nacido de nuevo es una esclavitud.

Creo firmemente, asimismo, que el remedio para el gran mal de no estar seguros de nuestra salvación es el nuevo nacimiento.

Muchos adventistas temen el juicio y la segunda venida porque no se sienten seguros de su salvación. Marchan por la vida con la incierta esperanza de que al fin, de alguna manera, llegarán al cielo, pero nunca lo bastante seguros de que así será. La experiencia del nuevo nacimiento es la experiencia de la salvación. Cuando hemos nacido de nuevo, tenemos la certeza de la salvación; cuando hemos renacido, estamos seguros de ser salvos. La vida de Cristo es nuestra vida, y por lo tanto estamos seguros en él.

Estoy completamente seguro de que el remedio para la enfermedad de Laodicea es el nuevo nacimiento. Quienes han nacido de nuevo no andan jactándose: “Soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”, como declara Laodicea en Apocalipsis 3:17. No, el que ha pasado por la experiencia del nuevo nacimiento sabe muy bien cuán “desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” es, si se aparta de Cristo (vers. 18). Eso explica por qué acude a Cristo constantemente en busca del oro, las vestiduras blancas y el colirio que él nos prometió.

Lo que la iglesia necesita, más que cualquier otra cosa, es que cada uno de sus miembros experimente, individualmente, el nuevo nacimiento. ¡Cuánto quisiera dar esta experiencia a cada miembro! Pero, por supuesto, no puedo. Pero Jesús sí puede. De hecho, es el regalo que vino a ofrecernos. Sólo él puede hacerlo, y lo hará si se lo permitimos.

Hace dos mil años Jesús dijo a Nicodemo – miembro de la verdadera iglesia de Dios, líder espiritual, alma dispuesta y honesta: – “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7).

Hoy, diecinueve siglos más tarde, Jesús dice a su iglesia remanente, y a ti personalmente: “Os es necesario nacer otra vez”. ¿Doblarás tus rodillas en actitud de sumisión a Dios, y lo invitarás a que efectúe en tu vida el nuevo nacimiento?

Nuestro mayor peligro

Hace algunos años quise ser aviador, de modo que trabajé como peluquero para pagar mis clases de aviación. No sabía mucho al respecto, pero sí sabía que en algún momento del entrenamiento debería volar solo. Sabía que para obtener mi licencia de piloto debería conducir la nave completamente solo. Un sudor frío me despertaba por las noches, temiendo el gran momento en que el instructor me dijera: “Bueno, ha llegado el momento de volar solo”.

Quería hacerlo, ansiaba volar solo, pero me daba miedo. Y llegó el día, repentinamente, cuando el instructor abandonó el aparato y ¡súbitamente me llegó el turno de volar solo! Respiré profundamente, traté de recordar todo lo que había aprendido y comencé a ubicarme en la pista. El avión se separó del suelo, quizá no con la suavidad con que lo hubiera hecho si el instructor hubiese estado a mi lado, pero realicé un despegue aceptable.

Al cabo de un rato, tuve que descender y aterrizar. A medida que la tierra venía a mi encuentro, comencé a repasar todo lo que mi instructor me había enseñado en cuanto a aterrizajes. Claro que había aterrizado antes, pero él estaba a mi lado para ayudarme si me metía en problemas. ¡Pero esta vez me encontraba completamente solo! ¡Cuán emocionante fue tocar el suelo! ¡Lo había logrado! ¡Lo había hecho todo solo!

En el capítulo anterior analizamos lo que considero es la mayor *necesidad* de la iglesia hoy: el nuevo nacimiento. En éste, analizaremos lo que creo es el mayor peligro, o por lo menos uno de los más grandes riesgos que la iglesia afronta hoy en día. El peligro de pensar que podemos pararnos sobre nuestros propios pies espirituales; que podemos triunfar por nosotros mismos.

Hay algo en nuestra naturaleza que pugna por independizarse, tomar las riendas y hacerlo todo sin el auxilio de otro. El niño procura amarrar sus zapatos y rechaza la ayuda materna diciendo: “Quiero hacerlo solito”. El adolescente desea tener su primera licencia para conducir el vehículo a sus anchas por la autopista.

Ese deseo de independencia, de querer hacer las cosas por nosotros mismos, es bueno en muchos casos. Los niños necesitan aprender a atar los cordones de sus zapatos; los adolescentes

deben aprender a manejar y ser responsables. Pero en el mundo espiritual esa actitud es temeraria. Cada vez que el pueblo de Dios creyó que podía encargarse de los asuntos espirituales sin la conducción y ayuda divinas, ocurrieron desastres. Permítanme explicar lo que quiero decir.

Como ejemplo, considere a los hijos de Israel cautivos desde que “se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José” (Exo. 1:8). En su condición de esclavos, anhelaban la libertad; deseaban la independencia. Dios, a través de Moisés, los sacó de Egipto y los trajo al Monte Sinaí. Pero eso no pareció bastarles. Querían actuar por cuenta propia y ser espiritualmente independientes, no tener que sujetarse de Moisés ni de Dios. Después de haberse habituado cada día a los dioses egipcios, eso de tener fe en un Dios invisible y recibir órdenes de él, les parecía algo muy difícil.

Moisés había ascendido al Monte Sinaí para recibir los mandamientos de Dios. Y como su ausencia se prolongó demasiado, el pueblo se impacientó. Creyeron que eran capaces de seguir solos hasta la Tierra Prometida. La demora de Moisés se convirtió en la ansiada oportunidad para tomar los asuntos en sus manos.

Viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron entonces a Aarón, y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido” (Exo. 32:1).

Así como los hijos de Israel tuvieron que aprender a esperar en el pasado, nosotros debemos experimentar lo mismo en la actualidad. Hoy vivimos la demora del regreso del Señor. ¿Quién hubiera pensado que el tiempo se prolongaría tanto? ¡Nosotros, e incluso nuestros padres, estábamos seguros de que el Señor vendría pronto! La impiedad es tan grande, que ni siquiera imaginamos cómo el Señor podría tardar más tiempo. Como Habacuc, nos quejamos: “¿Por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él...?” (1:13).

¿No hay justicia? ¿Cuándo pondrá Dios las cosas en su lugar? La respuesta dada por Dios a Habacuc es también para nosotros: “Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará” (2:3).

Vendrá. No mentirá.

Pero, como les ocurrió a los hijos de Israel, podemos también impacientarnos. A veces procuramos entrar en la Tierra Prometida por nosotros mismos, sin esperar a Dios. El corazón humano exclama: "puedo hacerlo por mí mismo". Estamos tentados a pensar que nuestros planes y programas, nuestro esfuerzo y trabajo dedicado, nuestra bondad, son suficientes para llevarnos a la Canaán celestial.

Pedro nos amonesta precisamente contra esta actitud y nos aconseja a ser cuidadosos porque en los últimos días vendrán quienes querrán seguir sus propios caminos y hacer las cosas a su manera, por causa de la demora de la venida del Señor. Estas son sus palabras:

Sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación (2 Ped. 3:3,4).

Quizá entre nosotros no haya burladores que nieguen que el Señor vendrá. Pero, ¿acaso no vemos una pobre expectación a medida que pasa el tiempo? ¿No percibimos asimismo la mermada urgencia con que anticipamos el retorno del Señor? Nuestras vidas, metas y actividades nos absorben tanto que a veces concebimos la segunda venida del Señor más como una *interrupción* de nuestros planes que como un evento glorioso que anhelamos fervientemente. Podemos estar tan llenos de este mundo que la tierra nueva nos parece un distante espejismo. *El tiempo de espera es un tiempo peligroso*. Lo fue para el antiguo Israel, y lo es para nosotros hoy.

Pareciera que mientras más cerca está Dios, más trabaja Satanás. Dios estaba cerca cuando Moisés recibía las tablas de piedra en el Monte, pero el pueblo impaciente decidió dirigirse a la Tierra Prometida, siguiendo a sus propios dioses, dejando atrás a Moisés y al Señor.

Jesús estaba cerca en el Monte de la Transfiguración, y sin embargo Satanás engañó a sus discípulos en el valle (véase Mat. 17:1-18).

Jesús estaba muy cerca de sus discípulos en los días y horas previos a su crucifixión, pero ellos estaban luchando por la supremacía en el reino.

El Señor Jesús está cerca de nosotros hoy. Está a punto de regresar a la tierra, conforme a su promesa; y sin embargo,

pareciera que estuviésemos perdiendo de vista la realidad de su venida, precisamente cuando está ya a las puertas. El libro de Apocalipsis (12:12) describe a Satanás como descendiendo “con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”. El diablo procura desesperadamente que nuestra atención se fije en el yo, en nuestras familias, en el estado de la iglesia, en la profesión, o en cualquier otra cosa, menos en el hecho glorioso de que Jesús está a punto de venir. Si bien la segunda venida está a las puertas, son fuertes las tentaciones a dudar, impacientarse y mirar al yo.

No es que no deseemos el regreso del Señor. Sinceramente anhelamos escapar de las pruebas y aflicciones de este mundo. Más aún, esperamos con impaciencia su venida. Pero cuidémonos de que, en nuestra impaciencia, no pensemos que podemos hacerlo por nosotros mismos. Que la ansiedad no nos haga caer en un falso reavivamiento, basado en lo que los seres humanos pueden lograr, y no en lo que Dios ya hizo en nuestro favor, y en lo que desea hacer en nosotros y a través de nosotros. Que nuestra frustración no nos haga caer en las así llamadas “soluciones” de aquellos que pretenden construir la fe despedazando a la iglesia.

La impaciencia de los israelitas los llevó a construir un becerro de oro que los condujera a la Tierra Prometida. Querían hacerlo por sus propios medios. Nos resulta difícil entender cómo pudieron construir el becerro en el Monte Sinaí, cuando Dios estaba tan cerca. Aunque, si somos honestos, ello tiene una explicación. Es la naturaleza humana la que nos induce a “edificar” nuestra propia salvación. Esa ha sido una de las flaquezas de la humanidad desde el jardín del Edén. Queremos hacerlo nosotros mismos. Anhelamos ser espiritualmente independientes, pero esa es una receta segura para el desastre.

¿Cuántos de nosotros, miembros de la iglesia remanente, queremos ir al cielo, pero de acuerdo con nuestras propias reglas? Hemos pasado tanto tiempo en Egipto, expuestos al mal, que nuestra sensibilidad hacia las cosas santas está adormecida, anestesiada.

¿Cuántos de nosotros, miembros de la iglesia hoy, estamos construyendo un dorado becerro teológico que nos conduzca a la Tierra Prometida? ¿Cuántos hemos elaborado nuestras complicadas teorías religiosas y creemos que ellas nos salvarán, en vez de aceptar la salvación que Jesús proveyó? ¿Queremos realmente que él subyugue nuestra voluntad y, mediante su poder, vivir la vida que Jesucristo nos ofrece? ¿Cuántos de nosotros insistimos en que quien disienta de nuestros

particulares puntos de vista no sólo está equivocado sino perdido?

Hoy confrontamos nuevas teorías sobre cuestiones proféticas, soteriológicas y cristológicas que se difunden y promueven como solución a nuestros muchos problemas. Pero, amados hermanos, permítanme recordarles que la respuesta está en Jesús, no en las teorías. Debemos reposar en él mientras esperamos pacientemente su venida. Hemos de reposar en él absolutamente seguros de la gran salvación que ha provisto. Nuestro mayor peligro consiste en creer que somos capaces de realizar lo que sólo Jesús puede hacer en nuestro favor.

Necesitamos descansar en la plena certeza de su salvación, lo cual no quiere decir que esperemos su venida adormecidos por un soñoliento estupor laodicense. Debemos prepararnos para su venida con ferviente expectación, como lo hizo el fiel siervo de la parábola de los talentos (Mat. 25:14-30). Deberíamos estar invirtiendo nuestros talentos al dar de comer al hambriento, de beber al sediento, hospedando al extranjero, vistiendo al desnudo, visitando a los enfermos y encarcelados (Mat. 25:31-46). Si invertimos así el tiempo de espera, le oiremos decir cuando venga: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros” (vers. 34).

Después de la ingrata experiencia del becerro de oro, Dios dijo a Moisés:

“Anda, sube de aquí, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré; y yo enviaré delante de ti el ángel, y echaré fuera al cananeo y al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo (a la tierra que fluye leche y miel)” (Exo. 33:1-3).

Dios les ordena avanzar hacia la Tierra prometida. Les promete enviar un ángel que vaya delante de ellos para prepararles el camino. Entonces aparece un *pero*, como tantos otros que conocemos. *Pero...* ¿Verdad que caen mal las declaraciones que comienzan con *pero*? Generalmente esta preposición antecede a las malas noticias:

Hubiera venido a visitarte, pero...

Me casaría contigo, pero...

Deberíamos ir de vacaciones, pero...

Te mereces un ascenso, pero...

Después de la ruina causada por el becerro de oro, Dios se dirige a los hijos de Israel mediante Moisés y les dice: “Anda... a la tierra... que fluye leche y miel; *pero yo no subiré en medio de ti*, porque eres pueblo de dura cerviz, no sea que te consuma en el camino” (vers. 1-3; la cursiva es del autor).

Era como si Dios les hubiera dicho: “Ustedes querían ser independientes, querían hacer sus propios dioses, escoger su propio camino y autoprotegerse. Quisieron hacerlo todo sin mí... De acuerdo; váyanse, pero irán por su cuenta: no los acompañaré”.

¿Cuán a menudo hemos sido tercos y voluntariosos, empeñados en seguir nuestro propio camino, sin que nos importaran las consecuencias? ¿Cuán a menudo hemos considerado nuestros programas, nuestros planes, nuestras preferencias e ideas teológicas más importantes que el mensaje que Dios nos ha dado, y más importantes que la iglesia que él suscitó para proclamar ese mensaje? ¿Más importante, incluso, que la voluntad de Dios para nosotros? Cuando nuestros propios caminos se convierten en nuestro becerro de oro, perdemos la Tierra Prometida.

Cuando Dios se negó a acompañar a los hijos de Israel, Moisés fue a hablar con él. Nadie podía hablar con Dios como lo hacía Moisés. Porque éste pasaba mucho tiempo con el Señor. Es fácil saberlo por la forma como oraba. No trataba de encubrir las cosas, hablaba con él muy directamente. Le dijo a Dios:

Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo (vers. 12 y 13).

Moisés le recuerda a Dios que los israelitas son su pueblo, y no propiedad de él. Bien podríamos decir que Moisés discute con Dios. “Mira, Señor, nos ordenaste ir, y ahora no quieres ir con nosotros. Recuerda que somos tu pueblo”.

Poco después, Moisés se postra ante Dios y le adora, diciendo: “Si ahora, Señor, he hallado gracia en tus ojos, vaya ahora el Señor en medio de nosotros; porque es un pueblo de dura cerviz; y perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos por tu heredad” (Exo. 34: 9).

“Ve con nosotros, Señor, aunque te causemos problemas”, suplica Moisés. “Perdónanos. Pero, sobre todo, sé con nosotros”.

La iglesia tiene muchos problemas. Nosotros también somos un pueblo de dura cerviz. En su iglesia local también hay problemas. En la misión o asociación a la que usted pertenece, también los hay. ¡Los hay en la Asociación General! No es por causa de los problemas que Dios se niega a ir con nosotros. Él estuvo de acuerdo en acompañar a los hijos de Israel a la Tierra Prometida a pesar de todas sus faltas y problemas. Nuestros problemas no nos separan de Dios. Son nuestra obstinación y falta de disposición a pedir perdón lo que nos separa de Dios.

Dios se acerca a nosotros *porque* tenemos problemas. Jesús vino a vivir y morir entre nosotros *porque* la raza humana tenía problemas. Como puede ver, nuestros problemas no son el problema. El problema está en querer ir solos. El problema está en querer hacerlo todo por nosotros mismos. Este es nuestro mayor peligro. Elena de White escribió: “No podemos ser felices sin Jesús. Nos ama tanto que no puede estar satisfecho sin nosotros” (*Manuscript Releases*, tomo 19, pág. 211). ¡Esto es maravilloso! Dios no puede estar satisfecho sin nosotros. Lo extraordinario, lo maravilloso de Jesús, es que él quiere estar con nosotros.

Dios estableció el movimiento Adventista del Séptimo Día tan ciertamente como estableció al antiguo Israel. Y no podemos avanzar solos, como tampoco pudo hacerlo Israel. El individualismo religioso que conduce al pueblo de Dios a fundar su experiencia espiritual en la relación privada que sostiene con él, no representa adecuadamente el reino de Dios. El piadoso individualista, no importa cuán piadoso sea, no es del pueblo de Dios. Creemos en el sacerdocio de todos los creyentes, pero eso no excusa un individualismo que ignore a la iglesia. Por definición, sacerdote es aquel que realiza oficios religiosos en favor de otros.

Finalmente, Moisés llega al fondo de su discusión con Dios con respecto a Israel:

Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra? (Exo. 33:15, 16).

¡He ahí la cuestión! “Si no vienes con nosotros, Señor, no nos envíes. No podemos ir solos. Tú eres nuestra identidad; no existimos sin ti”.

Moisés sabía en qué consistía la fortaleza de los hijos de Israel. No provenía de su número, sino de la presencia de Dios. No residía en el entrenamiento recibido en Egipto, en las destrezas militares, en la organización ni en su liderazgo. La grandeza y la fuerza de Israel eran el resultado de la presencia de Dios entre ellos.

La fortaleza de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de la actualidad no deriva de sus instituciones, educación, misiones, departamentos, reglamentos, programas o cantidad de miembros. Nuestra fortaleza, si hemos de tenerla, debe proceder de la presencia de Dios en nuestro medio.

La identidad de la Iglesia Adventista del Séptimo Día no es el sábado; es Jesús, Señor del sábado. Nuestra identidad no está en la doctrina del estado de los muertos, sino en Jesús, el Señor de los vivos y de los muertos. Nuestra identidad no descansa en la doctrina del santuario, sino en Jesús, Señor del santuario. La raíz de todo lo que somos y hacemos debe fundarse siempre y únicamente en Jesús.

Queremos que venga el Señor. Anhelamos la lluvia tardía. Ansiamos el reavivamiento en la iglesia. Deseamos entrar en la Tierra Prometida. Y creemos que hay muchas cosas que podemos hacer para encaminarnos en esa dirección. Estudiamos diversos planes y programas para terminar la obra, ¡planes y programas que podríamos estar realizando “por nuestra propia cuenta”!

Elena de White dice:

Nada puede hacer Cristo en favor de la recuperación del hombre hasta que, convencido de su propia debilidad y desprovisto de toda autosuficiencia y orgullo, se coloca a sí mismo bajo el control de Dios. Entonces, y sólo entonces, puede llegar a ser un verdadero súbdito de Dios. No se puede depositar confianza en la grandeza, planes o intelecto humanos. Hemos de colocarnos nosotros mismos bajo la conducción de una mente infinita, reconociendo que sin Cristo nada podemos hacer (*Review and Herald*, 18 de agosto de 1896).

Si el Señor no va con nosotros, si Dios no está allí, es mejor que nos olvidemos de todo. Moisés y los hijos de Israel sabían que podían arreglárselas sin mayores ventajas en su viaje a la Tierra Prometida; pero sin la presencia de Dios, nada podían hacer. Finalmente, en respuesta al ruego de Moisés, Dios accedió: “Mi presencia irá contigo, y te daré descanso... También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre” (Exo. 33:14,17).

No podemos avanzar solos. Nuestra identidad está en Cristo Jesús. Sabemos quiénes somos espiritualmente gracias a nuestra relación con Jesús y con la comunidad compuesta de sus seguidores, que es su cuerpo, la iglesia. Es imposible hacerlo solos.

Cuando Laos quedó incomunicada con el resto del mundo hace unos dieciséis años, había muchas iglesias que se reunían los sábados en ese país. Durante largos años no tuvimos noticias de ellos; ni siquiera sabíamos si existían todavía. Pero recientemente se reabrió la frontera de ese país y una obrera bíblica tailandesa fue en busca de nuestros creyentes laosianos. Fue a cierta comunidad y preguntó por una familia a la cual había conocido dieciséis años antes. ¡Y los encontró! Cuando les preguntó si la iglesia se reunía todavía y adoraba, sus amigos laosianos le dijeron que, a pesar de las dificultades sufridas, la iglesia todavía se reunía y adoraba. La invitaron a reunirse con los demás miembros, y descubrió gratamente que once se habían mantenido fieles a pesar de haber estado separados de sus hermanos y del resto del mundo durante dieciséis años. Se llenaron de gozo al saber que los visitaba uno de sus hermanos del mundo exterior.

La obrera bíblica tailandesa pasó todo un sábado con estos miembros adventistas de Laos, y les contó lo que había estado ocurriendo con la iglesia mundial. Al final de la reunión, el primer anciano de la congregación salió de la casa con una bolsa, y pidió a la visitante que la llevara a las oficinas de la misión. Al abrirla, vio que estaba llena de dinero: ¡el equivalente a doce mil dólares! ¡Eran los diezmos que este pequeñísimo grupo de adventistas laosianos fieles había reunido durante dieciséis años!

Once miembros bautizados habían esperado pacientemente durante dieciséis años; se reunían en circunstancias muy difíciles, pero recogían los diezmos para la iglesia mundial cada semana. Estoy seguro de que deben de haber encontrado razones para no congregarse. De seguro deben de haber encontrado otras necesidades en las cuales usar el dinero del diezmo. Pero no estaban solos, mantenían su identidad con Jesús y con la familia mundial, la iglesia.

Sea paciente. El tiempo de espera ya llega a su fin. El ángel Gabriel está preparando las trompetas que nos darán la bienvenida. Está a punto de resonar en los corredores celestiales el decreto: “El que es justo, practique la justicia todavía” (Apoc. 22:11).

No podemos lograrlo por nosotros mismos. ¡Pero no tenemos que hacerlo! ¡No estamos solos!

Nuestro mayor privilegio

A bordo de una barcaza vieja y desvencijada, a sólo 180 metros del puerto de Nueva York, estalló un pandemónium. Cuatro meses antes, en Bangkok, Tailandia, 280 refugiados chinos se habían embarcado como sardinas enlatadas en esta especie de navío, jamás construido para el transporte de seres humanos. Ahora estos infelices, asustados y exhaustos, estaban casi naufragando muy cerca de su destino. Los pocos que optaron por saltar al mar, nunca llegaron a la playa. Muchos vimos en los noticieros de televisión cómo luchaban los demás para mantenerse a flote sobre el maltrecho navío.

Después de haberse rescatado a las víctimas, en el noticiero de televisión de la mañana siguiente, Charles Kuralt sostuvo en alto una tarjeta que contenía los caracteres chinos de la palabra *meiquo*, “la hermosa tierra”. Llegar a los Estados Unidos, la tierra hermosa, era el objetivo de aquel largo, difícil y azaroso viaje de cuatro meses, rodeando el Cabo de Buena Esperanza.

Llegar a la tierra verdaderamente hermosa ha, sido la esperanza de los hijos de Dios desde que el pecado arruinó nuestro hogar edénico. El Señor Jesús descendió a este planeta como nuestro Salvador, vivió y murió en la tierra para asegurarnos un lugar en su reino. Sin embargo, nuestro peregrinaje hacia la Tierra Hermosa ha sido objeto de críticas e incomprendiones aun por parte de algunos viajeros que pretenden dirigirse al mismo lugar.

Pablo y Santiago describen los elementos vitales de nuestro peregrinaje hacia esa tierra, tal como se ilustran en la experiencia de Abrahán:

Pablo: “Por la fe Abrahán, cuando fue probado, ofreció a Isaac” en sacrificio (Heb. 11:17).

Santiago: “¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abrahán nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?” (Sant. 2:20,21).

Tanto Pablo como Santiago emplean el mismo incidente de la vida de Abrahán como ilustración. Pero si bien Pablo recalca la fe

de Abrahán, Santiago hace hincapié en sus obras. ¿Cómo podríamos armonizar ambas posturas? ¿O es que hay dos caminos que conducen a la Tierra Hermosa?

No, hay una sola senda, pero existe una zanja a cada lado del camino que conduce al reino de los cielos. Al viajar por él, constantemente corremos el riesgo de caer en una de ellas. A un lado tenemos la zanja del *legalismo*. Los que caen en ella creen que, de alguna manera, Dios nos aceptará por lo que hicimos. Contados adventistas del séptimo día modernos, si es que los hay, aceptan que son legalistas. No obstante, abundan en la Iglesia aquellos que se esfuerzan tanto por esquivar la zanja del extremo opuesto, el libertinaje, que inconscientemente viran hacia el lado legalista.

Lo único que logran con ello es atascarse bajo una pesada carga de culpabilidad.

Claro está que la zanja opuesta es igualmente peligrosa. La llamaremos la zanja *de gracia barata*. Aquellos que caen en ella creen que la gracia no conlleva responsabilidades, que la muerte de Cristo nos exime de toda obediencia. Pocos adventistas, si es que los hay, creen en la gracia barata. Pero muchos, en su celo por alejarse de una obediencia que consideran impulsada por la tradición y basada en reglas, se identifican con la gracia barata y quedan atrapados bajo la carga de los pecados acariciados.

Note que caer en cualquiera de las dos zanjas mencionadas es situarnos bajo una carga que Dios nunca quiso que lleváramos. O llevamos a cuestas una carga de culpabilidad, de la cual Dios quiere librarnos, o una de pecados acariciados, sobre los cuales Dios quiere darnos la victoria total. Sea cual fuere el extremo, constituye un abuso del plan establecido por el Cielo para nuestra redención.

¡A Satanás le encantan ambos extremos! No le preocupa mucho si caemos en la cuneta del legalismo, o si resbalamos hacia la zanja de la gracia barata. No le preocupa mucho si pensamos que somos salvos por lo que hacemos, o si no hacemos nada en lo absoluto. Lo que alarma a Satanás es vernos en el centro del camino, ver que marchamos hacia la Tierra Hermosa sabiendo que nuestra salvación “está en Cristo”, y al mismo tiempo invitamos al Espíritu Santo para que nos dé la victoria sobre el pecado.

¡Oh, cuánto anhelo que dejemos de dividirnos en *gente de fe y gente de obras*. Lo que deseo es que, con corazones quebrantados en sincero arrepentimiento y amor, unamos la fe y las obras en

una feliz combinación victoriosa. El corazón arrepentido y sinceramente quebrantado delante de Dios es lo que le permite llevar a cabo su voluntad en nuestras vidas y hace que nuestra obediencia tenga significado.

Los que permanecen en cualquiera de las zanjas revelan fallas en su comprensión de la verdadera naturaleza de la salvación. O, para ser más honestos, no quieren entender. El punto no es que no entendamos la salvación, sino que tratamos de adaptar la verdad de Dios para servir a nuestros propósitos personales.

¿“Servir a nuestros propios propósitos”, dice usted? ¿Cómo pueden esas zanjas “servir a nuestros propios propósitos”?

Es muy probable que los que esperan ganar méritos delante de Dios a través de sus obras estén tratando de autoexaltarse, procurando inconscientemente exteriorizar su propia bondad.

Por otra parte, quienes pretenden depender única y totalmente de la gracia divina, pueden muy bien hacerlo por una egoísta indisposición a someter sus voluntades y opiniones en obediencia a él. De modo que a ambos lados del camino encontramos una zanja de egoísmo, de una vida centrada en el yo.

Debemos recordar que Jesús no es sólo nuestro Salvador, sino también nuestro Señor y Maestro. Cuando nos salva del pecado, llega a ser también el Señor de nuestras vidas. Cuando lo aceptamos, tenemos un Salvador del pecado y un Señor amoroso que nos conduce cada momento de nuestras vidas. Ambas funciones de Cristo van juntas, no podemos ser objetos de una sin la otra.

Deja sus pecados en la cruz y se transforma su carácter por la gracia de Cristo. El Redentor levanta al pecador del polvo y lo coloca bajo la dirección del Espíritu Santo. Cuando el pecador contempla al Redentor, encuentra esperanza, seguridad y gozo. La fe se aferra de Cristo con amor (*Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 410)

Es como la moneda. ¿Es posible que haya una moneda con un solo lado? Consideremos cada lado de la moneda de la salvación.

Veamos primero el lado que presenta a Jesús como nuestro Salvador. Pedro dijo a la multitud en el Pentecostés hablando de Jesús: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hech. 4:12).

En el principio Adán y Eva vivían en completa armonía con el carácter de Dios. Su relación con el Creador no estaba deteriorada, ni necesitaba ser restaurada. Cada una de sus decisiones eran un fiel reflejo de la voluntad divina. Lamentablemente, hoy somos dolorosamente conscientes de la ruptura que se produjo en la perfecta relación entre ellos y Dios. Vemos los efectos de esa ruptura en el mundo que nos rodea, y en nuestros propios corazones.

La solución de nuestros problemas tiene que venir de afuera, no de nuestro interior. Casi seis mil años de pecado deberían convencernos de que el proyecto salvación *hágalo usted mismo* nunca funcionará. El pensamiento positivo, la superación personal, ninguno de estos métodos solucionará el problema de la ruptura de las relaciones con Dios. Ninguna cantidad de trabajo duro, de buena conducta u observancia de la ley resolverá jamás este problema. Cristo hizo por nosotros lo que no podíamos hacer por nosotros mismos: se hizo pecado por nosotros. Pedro declara con meridiana claridad que no hay otra fuente, ni en el cielo, ni en la tierra, de la cual podamos recibir libertad y vida. Sólo Cristo Jesús es nuestra justicia.

La Santa Biblia revela, de hecho, que la norma mínima para obtener vida eterna es la plena armonía con Dios. Y ningún programa humano puede lograrlo. Sólo hay una respuesta al problema del pecado: la gracia de Dios. Nuestro mayor privilegio es extender el brazo de la fe y asirnos de la salvación que Dios nos ofrece por gracia; no hay condiciones, ni reservas, ni dudas: sencillamente debemos aceptarla por fe. Es lo que Dios ofrece.

Cierto es que para algunos eso parece demasiado fácil. Si podemos ser restaurados a la armonía con Dios mediante un simple toque de fe, ¿eso no es gracia barata?

Hace poco me hospedé en casa de un amigo. Notó que yo tenía muchos papeles y me obsequió un maletín de cuero para llevarlos a la reunión. Al volver a mi casa lo tiré dentro de un armario, donde pronto, se llenó de polvo. Meses más tarde, mi hermano me visitó y cuando lo vio me preguntó: ¿Dónde obtuviste ese maletín tan caro? Quedé sorprendido al enterarme de su valor. Me había parecido barato porque así lo había tratado.

Reflexione un momento y considere el precio que el Señor Jesús pagó por la gracia que gratuitamente le ofrece. ¿Puede usted describirla honestamente como “gracia barata”? Sólo llega a ser “gracia barata” cuando usted la trata como tal y responde superficialmente a ella.

Sí, el evangelio abate el orgullo humano. Los humanos vivimos desesperados por pretender haber hecho algo, sentir que desempeñamos una parte en nuestra salvación. Queremos sentir que merecemos la recompensa y sólo podemos disfrutarla sabiendo que la ganamos. Pero una actitud tal está en total desacuerdo con la ciencia de la salvación de Dios. No tenemos nada digno, ni en bienes ni en servicios, que traer ante Dios. Somos simplemente beneficiarios de la fortuna de su gracia. La heredamos, no la ganamos. El favor de Dios es inmerecido. No se trata de que Dios desdeñe o rechace nuestros esfuerzos. La simple verdad es que no tenemos nada digno que ofrecerle. Las palabras del apóstol Juan resuenan con certidumbre:

Amados, **ahora** somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1 Juan 3:2; el énfasis es del autor).

El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios (1 Juan 5:12,13).

Un mendigo detuvo a cierto abogado en la calle y le pidió una moneda. El profesional observó detenidamente aquel rostro sin afeitar, y le preguntó:

-¿No te conozco?

-Deberías conocerme -respondió el mendigo- puesto que fuimos compañeros de clase.

Sin más preguntas, el abogado le extendió un cheque por cien dólares, y le dijo: - Ten, toma esto y comienza de nuevo -, y siguió su camino apresuradamente.

Con lágrimas en sus mejillas, el pordiosero se dirigió a un banco cercano. Al llegar a la puerta principal, se vio en el vidrio pulido de la entrada y se detuvo. Sus ropas estaban sucias y desgarradas.

-No me cambiarán el cheque- pensó-. Dirán que lo falsifiqué - de modo que dio media vuelta y se alejó.

Al día siguiente los dos hombres se encontraron en la calle nuevamente.

- Samy, quiero saber qué hiciste con mi cheque.

Samy sacó el cheque del sucio bolsillo de su camisa y le explicó por qué no lo había cambiado.

- Escúchame, Samy -dijo el abogado-. Ese cheque es genuino, no importa qué apariencia tengas tú o tu ropa. Lo que lo hace válido es mi firma. Ve y cámbialo.

La Biblia dice que "todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo" (Hech. 2:21). Esa promesa es un "cheque negociable" de valor infinito. Independientemente de lo que seamos, es nuestro privilegio cambiar por la fe nuestras vidas pecaminosas por la vida eterna. Únicamente cuando comprendemos cuán completamente contaminada por el pecado está nuestra naturaleza, es que empezamos a captar la inutilidad de nuestra justicia fabricada en casa; podremos comprender perfectamente lo que significa aceptar la salvación ofrecida por nuestro misericordioso Salvador. En esto consiste la maravilla de las buenas nuevas. "Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo" (Rom. 5:10).

¡Qué bendita seguridad! ¡Soy completo en él!

Pero la historia no termina con Jesús como Salvador. Si ese fuera el todo de nuestra salvación, estaríamos en la zanja de la gracia barata. La prueba de que Jesús es nuestro Salvador es que también llega a ser nuestro Señor. Esta es la otra cara de la moneda de la salvación.

Cuando aceptamos a Jesús como Salvador, recibimos el don de la reconciliación de Cristo. ¡Muchas cosas cambian en nuestra vida, pero muchas otras no! Seguimos viviendo en un mundo que guerra contra la definición divina de lo correcto y lo erróneo. Todavía enfrentamos las mismas tentaciones.

¿Cómo podemos vivir ahora victoriosamente en un ambiente tan alienado del reino de Dios?

Escuche la respuesta divina: el mismo Jesús Salvador se convierte en Jesús Señor. La gracia que nuestro Salvador nos proveyó en el Calvario es el don gratuito de la salvación; su gracia, como nuestro Señor, transforma diariamente nuestras vidas. Nuestro gran privilegio consiste en que Jesús viva en nuestros corazones cada día como el Señor de nuestras vidas.

¿Qué significa tener a Jesús como Señor?

Un "señor", o "amo", es aquel que manda, alguien a quien nos sometemos. Cuando Cristo es el Señor de nuestras vidas, él está al mando, nos subordinamos a él. Es un hecho que siempre estaremos bajo el dominio de alguien o de algo. Pablo lo expresa

de esta manera: ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios que... libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia (Rom. 6:16-18).

La evidencia natural de que hemos sido salvos será una vida victoriosa. Tanto la fe salvadora como la obediencia son dones de Dios. No somos salvos por lo que hacemos, sino por lo que Cristo hizo. Nuestra obediencia no es el medio a través del cual nos salvamos; es la evidencia, el resultado inevitable y seguro de ella. Quienes han hecho de Jesús verdaderamente su Salvador, experimentarán también su poder transformador como Señor de sus vidas.

El marco bíblico no contempla beneficios interminables sin la correspondiente responsabilidad. Los siervos de Cristo se gozan en devolverle no sólo su agradecida alabanza, sino también su obediencia voluntaria. No le sirven con la idea de mejorar su posición delante de Dios, sino de mostrar la profundidad de su gratitud y amor. Es así como los rescatados responden a su Rescatador. La manera en que vivimos los cristianos es un testimonio del poder de Dios ante un mundo en decadencia y con normas bajas. Nuestro respeto a las normas de Dios es lo que nos distingue, y constituye la segura señal de que nuestra ciudadanía está en el cielo y que adoramos a un Señor celestial. Las normas no son ciertamente un escalón para ascender al cielo, ni un factor que nos hace más aceptables o valiosos delante de Dios. Más bien son indicadores de nuestra "esclavitud" de la justicia, y de nuestra ciudadanía celestial.

Algunos han insinuado que la Iglesia Adventista del Séptimo Día ya no tiene interés en las normas. Permítanme asegurarles que ni las expectativas de Dios ni el mensaje adventista han cambiado. El mensaje de Dios para el mundo sigue siendo el mismo: amor, pureza en las palabras y en los actos, modestia, honestidad, respeto y reverencia hacia todo lo que es santo.

Estamos siempre listos a reclamar a Jesús como nuestro Salvador. Proclamemos con igual certeza que él es nuestro Señor, porque si así no fuera, entonces no es realmente nuestro Salvador.

En la epístola a los Romanos, el apóstol Pablo pinta a Jesús como Señor y Salvador. Tras dedicar varios capítulos gloriosos al tema de la justificación (1-5), lanza el siguiente desafío: "¿Perseveraremos en el pecado?" (6:1). Su respuesta inmediata es

un grito de protesta: “En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (vers. 2).

En los siguientes 22 versículos Pablo reitera una y otra vez que, al estar en Cristo, resucitamos a una vida nueva, a una vida de victoria sobre el pecado. Aborda el mensaje de Cristo dado a Nicodemo en cuanto al nuevo nacimiento, y lo destaca en todo su esplendor. Escuche algunos de sus resonantes pasajes:

Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido (vers. 6).

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad (vers. 12 y 13).

Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón... vinisteis a ser siervos de la justicia (vers. 17, 18).

Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna (vers. 22).

Por lo tanto, Jesús como Salvador –fe–, y Jesús como Señor –obras–, son los dos lados de la misma moneda. Todo intento de contraponerlos es una flagrante tergiversación del plan de salvación. La fe y las obras, la creencia y la conducta, la actitud y las acciones, el perdón y el poder de Jesús, son realidades tan interdependientes y entrelazadas, que no podemos separar ni dividir.

Jonathan Freedman y Scott Fraser llevaron a cabo un experimento. Intentaron convencer a la gente que colocara grandes anuncios con la leyenda MANE JE CON CUIDADO en sus patios; pero muchos propietarios se negaron a hacerlo. Los investigadores descubrieron que si pedían primero a los dueños que firmaran una solicitud apoyando el manejo cuidadoso, era más probable que colocaran los avisos en sus patios. La probabilidad de que pusieran los anuncios aumentó significativamente después de sumarse a la campaña que apoyaba la seguridad vial firmando la petición.

En términos prácticos, nuestras acciones y creencias repercuten en la vida diaria. Es muy probable que actuemos de acuerdo con lo que pensamos, y que pensemos de acuerdo con lo que hacemos. La gente está lista a defender lo que cree, tanto como a creer lo que defiende.

Nuestra fe se acrecienta a medida que la divulgamos por la gracia de Dios. Y a medida que nuestra fe crece, la ponemos en práctica. Al vivir experimentalmente nuestra fe, la fortalecemos. Cuando actuamos y testificamos de nuestra relación con Cristo, recibimos y edificamos la fe. Creemos las doctrinas cuando las vivimos. Sólo la persona que hace la voluntad de Dios, conoce realmente a Dios. No somos meros espectadores en el juego de la vida. Si nuestra fe se detiene en algún punto teórico, si nos detenemos ante doctrinas abstractas o declaraciones de algún credo religioso, si la nuestra no es una fe activa, entonces, al margen de lo que sea, no es fe.

La fe se desarrolla mediante la participación. Y nos involucramos a través de nuestra fe. La fe y la acción constituyen una espiral interconexa.

Permítame ilustrar lo que quiero decir. Supongamos que usted trabaja conmigo como mi asistente ejecutivo en una empresa de rápido crecimiento. Siendo que me interesa expandir el negocio a otros países, hago planes para recorrer esos territorios y permanecer allí hasta dejar establecida una nueva sucursal. Y usted queda a cargo de la oficina principal. Antes de irme, prometo escribirle regularmente y enviarle instrucciones.

Los meses pasan. Le mando un diluvio de cartas en las que detallo mis expectativas. Por fin, regreso a la oficina. ¡Lo que veo me deja atónito! La maleza y la hierba han crecido por todas partes y algunas ventanas están rotas.

Al entrar por la puerta principal me encuentro con el escritorio de la recepcionista. Ella está allí, limándose las uñas, masticando chicle y escuchando su estación de radio favorita. El cesto de la basura está lleno, las alfombras no han sido aspiradas desde hace mucho tiempo. Nadie parece preocuparse por el regreso del dueño.

Veo a uno de los empleados que merodea por allí y le pregunto dónde está mi asistente ejecutivo. Señalando hacia el pasillo, me responde:

-Por allí anda.

Molesto, me dirijo al pasillo señalado y me planto frente a usted que justamente acaba de terminar un juego de ajedrez con el gerente de ventas. Le pido que pase a mi oficina (la cual se ha convertido en cuarto de televisión para que los empleados vean las novelas de la tarde).

-¿Qué ocurre aquí?

-¿A qué te refieres, Bob?

-Bueno...¡observa este lugar! ¿No recibiste mis cartas?

-¿Cartas? ¡Ah, sí, claro! Todas me llegaron. De hecho, hemos tenido una sesión para estudiarlas cada viernes de noche desde que te fuiste. Todo el personal se ha subdividido en pequeños grupos con el fin de discutir los puntos tratados en tus misivas. Algunos de ellos eran realmente interesantes. Te encantará saber que varios de nosotros nos hemos aprendido de memoria algunos trozos, y ¡hasta cartas enteras en algunos casos!

-Bien, les llegaron mis cartas, las estudiaron y meditaron en ellas, las discutieron y hasta las memorizaron. Pero, ¿qué hicieron con respecto a ellas?

-¿Hacer? Eee... en realidad no hicimos nada...No es posible separar la fe de la acción. Son dos eslabones unidos e inseparables. La Biblia no reconoce una fe que no conduzca a la obediencia, como tampoco reconoce una obediencia que no proceda de la fe.

No nos salvamos por obedecer. Pero cuando aceptamos a Jesús como Salvador, él llega a ser nuestro Señor y nos capacita para obedecer, para que lleguemos a ser "siervos de la justicia". No hay mayor privilegio que ser siervos de la justicia, haber aceptado a Jesucristo como Salvador y Señor.

Jesús desea ser su Salvador y su Señor; él lo invita a aceptarlo. ¿Cómo responde usted?

Nuestro mayor desafío

Las Alturas de Golán son un lugar de belleza sorprendente, ubicado en la frontera sirio-israelí, en la Tierra Santa. Pero en muchos lugares de aquellas hermosas colinas hay millares de minas colocadas por los sirios cuando fueron expulsados de la zona por el ejército israelí en la guerra de 1967.

Por esa razón si usted visita aquel lugar en la actualidad, verá letreros en muchas lenguas que anuncian el mismo mensaje: “¡Peligro! ¡Minas!” Los letreros contienen claras advertencias de no penetrar en ciertas áreas porque es muy probable que usted se quede sin una pierna si lo hace. Por supuesto, cualquier persona que visite las Alturas de Golán en la actualidad, debería sentirse agradecida por el hecho de que esas señales estén allí. Imagine lo que ocurriría si un turista inadvertido, mientras busca un buen ángulo para tomar la mejor fotografía, pisa una mina mortal. Sería una irresponsabilidad de parte de los israelíes, o de quien controle la zona, no advertir a los visitantes del peligro.

De la misma manera, la Santa Biblia contiene una advertencia muy clara en cuanto a un asunto cuyas consecuencias son mucho más peligrosas, -un peligro de consecuencias eternas-, que pisar una mina:

Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira... (Apoc. 14:9,10).

No sé qué elegiría usted, pero si yo tuviera que escoger entre pisar una mina en las Alturas de Golán, o enfrentar el “vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira”, ¡preferiría la mina!

Como los turistas que visitan las Alturas de Golán deberían estar agradecidos por las señales de advertencia en cuanto a las minas, así los cristianos deberíamos estar agradecidos por la advertencia de Apocalipsis 14. Esta forma parte de un paquete. Dos ángeles preceden al tercero. Los adventistas del séptimo día hemos llamado a estos tres mensajes del cielo el mensaje de los tres ángeles. Creemos que Dios ha dado a esta Iglesia la comisión de anunciar estos mensajes al mundo antes de la segunda venida de Cristo.

Nadie ignora que actualmente hay muchas voces en desacuerdo en la Iglesia Adventista del Séptimo Día; voces que encauzarían nuestro mensaje por este canal o por el otro. ¿Será que hemos permitido quizá inconscientemente, que las voces más fuertes o más persuasivas establezcan la agenda de lo que predicamos o enseñamos? Algunos señalan que existen hoy miles de millones de personas en nuestro planeta a quienes tenemos que alcanzar con el sencillo mensaje de Jesús, y por lo tanto difícilmente nos preocuparemos por predicar las peculiaridades del mensaje de los tres ángeles. “Lo que estos millones necesitan es a Jesús, no los mensajes de los tres ángeles”, claman estas voces.

Y por supuesto, ¿quién se atrevería a contradecirles? Sin duda alguna, la Iglesia Adventista del Séptimo Día debe ser la primera en levantar a Jesús, el Salvador encarnado, crucificado, resucitado, ascendido a los cielos y próximo a venir. Si ha de haber un pueblo, una generación de cristianos consumidos por la pasión de levantar a Jesús, debería ser esta iglesia, en este tiempo, ¿está usted de acuerdo? Elena de White escribió:

Los adventistas del séptimo día debieran destacarse entre todos los que profesan ser cristianos en cuanto a levantar a Cristo ante el mundo... El pecador debe ser inducido a mirar al Calvario; con la sencilla fe de un niño, debe confiar en los méritos del Salvador, aceptar su justicia, creer en su misericordia (Obreros evangélicos, págs. 164, 165).

Sin duda alguna los adventistas del séptimo día deben estar al frente de todos los movimientos globales que procuran presentar a Jesús ante un mundo agonizante. Pero me preocupan las voces de quienes se han esmerado en disociar al Cristo que presentan los cuatro evangelios, del Cristo que presenta el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis 14. Estoy convencido de que el sencillo mensaje de Jesús y de la cruz está íntima e inseparablemente ligado al último mensaje de amonestación de Dios al mundo. El gran desafío del pueblo de Dios en el tiempo del fin es poner en claro esta conexión, presentar las buenas nuevas de Jesús en el contexto del mensaje de los tres ángeles.

Observe el lenguaje que se emplea para introducir al primer ángel:

Vi volar por en medio del cielo a otro ángel que tenía el **evangelio eterno** para predicarlo; los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo (Apoc. 14:6; la cursiva es de autor).

¿Cómo principia el mensaje del primer ángel? ¿Con una advertencia contra Babilonia? ¿Con una advertencia acerca de la marca de la bestia? ¿Con un llamamiento a guardar los diez mandamientos? Nada de eso. Principia con el “**evangelio eterno**”.

El primer ángel que cruza el cielo de la medianoche con el clamor urgente del “evangelio eterno” no anuncia un mensaje escatológico contrario al Jesús de los evangelios. Nuestra iglesia no invita a la gente a escoger entre el Jesús de los evangelios y el Jesús del Apocalipsis.

Antes bien, el Señor desea que escuchemos, sepamos y experimentemos el evangelio eterno, porque sin él, todo lo demás es inútil. La única manera de evitar la marca de la bestia y el terrible castigo que obtendrán quienes la reciban, es conocer y experimentar ese evangelio. Todo lo demás parte de esa base.

Usted podrá ser un adventista leal, asistir fielmente a los cultos, devolver sus diezmos y guardar los mandamientos; pero de nada le servirá eso si no conoce ni ha experimentado personalmente el evangelio eterno. Usted podrá ser presidente de la Asociación General, pero créame que de nada le servirá si no ha experimentado el evangelio.

Usted podrá dirigir la campaña evangelística más grande de la historia, pastorear la congregación más numerosa, o ser el escritor más prolífico de la iglesia... pero nada de eso le sirve si no conoce el evangelio.

¿Por qué? Porque, en última instancia, lo único que permanecerá será aquello que esté fundado en el evangelio de Jesucristo.

El evangelio no es sencillamente una historia del Nuevo Testamento. Dios lo reveló desde la caída. Tan pronto como Adán y Eva pecaron, Dios prometió un Libertador. Prometió un Descendiente de la mujer que heriría mortalmente la cabeza de la serpiente (véase Gén. 3:15). En el mismo comienzo del problema del pecado se encuentra la primera promesa de que un día Satanás sería destruido, y la humanidad, redimida. Antes de comunicarles las consecuencias de su pecado, Dios dio a nuestros primeros padres la promesa evangélica.

¿Por qué? Porque sin el evangelio, todo lo demás carece de sentido. Con el castigo infligido a Adán y Eva Dios procuraba ayudarles a desarrollar sus caracteres. Pero ¿de qué serviría el desarrollo del carácter sin la promesa del evangelio eterno? De nada, ya que sin el evangelio, el carácter, sea bueno o malo, será

destruido en las llamas del infierno. No obtenemos la salvación a través del desarrollo del carácter, sino a través del evangelio.

El “evangelio eterno” es el fundamento del cristianismo; de allí que el Señor empezó los mensajes de los tres ángeles con el mensaje del evangelio, es decir, la grande y gloriosa verdad de que:

* Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom. 5:8).

*La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro (6:23).

*A su tiempo (Cristo) murió por los impíos (5:6).

*El hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley (3:28).

*Jehová quiso quebrantarlo (a Jesús, según Isa. 53:10).

*El hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo (Gál. 2:16).

¡Qué glorioso mensaje nos ha dado el Señor! El Creador del universo abandonó su trono, plantó su tabernáculo en la carne humana y ofreció su propia vida en rescate por nosotros. Él nos amó, y es su amor el que nos hace valiosos.

Esto nos recuerda el valor que Rosita le asignó a su muñeca de trapo. Cuando cumplió tres años le regalaron una muñeca de trapo que pronto llegó a ser su compañera inseparable. Aunque tenía otros juguetes intrínsecamente más valiosos, a ningún otro amaba tanto como a su muñeca de trapo. Pronto la muñeca llegó a ser más trapo y menos muñeca. Y también cada día se ensuciaba más. Si trataban de lavarla, más se desgarraba. Y si no la lavaban, era peor.

Lo más difícil era intentar deshacerse de aquella muñeca de trapo. Es que esa muñeca para Rosita valía mucho más que todos los demás juguetes, más aun que una nueva muñeca de trapo perfectamente limpia. ¿La razón? El amor de la dueña le daba un valor especial.

Usted y yo somos hijos de Dios, y nuestro valores inmensurable porque el amor de Dios por nosotros es inmensurable. Por eso el primer ángel nos trae las buenas nuevas del amor de Dios hacia nosotros, y los variados recursos de que se vale para proveernos la vida eterna.

Con fundamento en el evangelio recién expuesto, aparece el segundo ángel para decir: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran

ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación (Apoc. 14:8).

¿Por qué cree usted que Dios nos advierte acerca de la caída de Babilonia después de dar un mensaje evangélico tan poderoso?

¿Será que una clara comprensión del evangelio –el evangelio total– es lo que distingue a quienes están en Babilonia de aquellos que no están en ella?

Alguien se refirió una vez a la Biblia como La historia de dos ciudades, Babilonia y Jerusalén. Somos, necesariamente, ciudadanos de la una o de la otra. Aquellos que moran en Jerusalén entenderán – y experimentarán – el plan de salvación tal como lo enseña el “evangelio eterno” del primer ángel. Los ciudadanos de Babilonia han aceptado un falso evangelio.

¿Qué es Babilonia? Usted recordará que durante la Guerra del Golfo las librerías fueron inundadas de libros acerca de Babilonia y las profecías bíblicas, dado que el moderno Irak ocupa parte del área que conformaba la antigua Babilonia. Es triste decirlo, pero también algunos adventistas quedaron atrapados en esa falsa teología. Pero nosotros sabemos, como estudiosos de la Biblia, que la Babilonia a la cual se refieren estos pasajes es la Babilonia espiritual, una entidad espiritual de abarcante influencia y proporciones, que ha inducido a todas las naciones a beber el vino enloquecedor de sus adulterios. A través de todo el Antiguo Testamento, el adulterio y la fornicación, en el sentido espiritual, se asocian con doctrinas falsas y con la aceptación de falsas enseñanzas.

Recuerde, hablamos de enseñanzas, no de individuos que podrían estar atrapados en dichas enseñanzas. La Biblia enseña claramente que Dios tiene seguidores en Babilonia, y que ha llegado la hora cuando la Autoridad celestial les dice:

Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades (Apoc. 18:4,5).

La buena noticia que los tres ángeles difunden en la tierra no sólo anuncia la salvación, sino también que hay poder al alcance de todos para vivir una vida nueva y evitar los pecados de Babilonia.

¿Cuántos versículos del Nuevo Testamento mencionan el poder que se otorga a quienes nacen de nuevo en Cristo Jesús para vencer el pecado? La Biblia asegura una y otra vez en

términos definidos que es posible obtener la victoria en Cristo. Somos pecadores, nuestros corazones son corruptos, tenemos naturalezas pervertidas, somos carnales pero por la fe, podemos decir:

- “Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gál 2:20); de modo que
- “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Rom. 6:6); por tanto
- “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gál. 5:24) y están persuadidos de
- “que el que comenzó... la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6); en consecuencia
- “nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”(2 Ped. 1:4).

¿Será que éstas no son más que hermosas declaraciones teológicas, o pueden llegar a ser experiencias reales en la vida de todos los cristianos, incluso en la actualidad?

Por supuesto, mientras más predicamos la victoria sobre el pecado, más debemos predicar la justificación por la fe. Mientras más altas sean nuestras normas de santidad, más alto debe levantarse la cruz. Mientras más se busca la perfección, más se necesita experimentar la gracia, el inmerecido favor de Dios.

La siguiente es una de las memorables oraciones del sabio Tomás Moro: “Señor, danos la gracia de trabajar por aquellas cosas que pedimos”. Leslie Weatherhead menciona en uno de sus primeros libros a una niñita cuyo hermano la atormentaba atrapando conejos. En vano le había suplicado que dejara de hacerlo. Cierta noche, la madre escuchó a la niña orar en los términos siguientes: “Querido Dios, por favor no permitas que Tomy siga atrapando conejos. Por favor, no permitas que sean atrapados. ¡No pueden ser atrapados! ¡No lo serán! Amén”.

–Querida, ¿por qué estás tan segura de que Dios no permitirá que los conejos sean atrapados? –le preguntó su mamá.

–¡Porque yo salté sobre las trampas y las desactivé! –replicó la niña con tranquilidad.

Nuestras oraciones pidiendo una fe pura deben ir acompañadas de acciones de fe. Nuestro deseo de que la voluntad

de Dios se cumpla en nuestras vidas, debe ser acompañado por los actos de nuestra voluntad.

Y así llegamos al mensaje del tercer ángel, el clímax de los tres, con su solemne advertencia contra la adoración de la bestia y su imagen:

Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre (Apoc. 14:9-11).

Observe cómo termina este ángel su mensaje: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (vers. 12).

¡Qué contraste! Por un lado están aquellos que adoran a la bestia y a su imagen; por el otro, los que obedecen los mandamientos de Dios y permanecen fieles a Jesús.

El *evangelio eterno* y los *diez mandamientos* son inseparables. Conocer y experimentar el evangelio eterno implica observar los mandamientos de Dios; ser justificado por la fe implica amar a Dios. “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos” (1 Juan 5:3). Quienes conozcan por experiencia el gozo, la libertad, la liberación del sentimiento de culpabilidad que viene como resultado de la justificación por la fe, ciertamente no los usarán como excusa para pecar. Antes bien, pecar será lo último que esté en sus mentes.

La persona que conoce y experimenta el evangelio eterno, ama a Dios y anhela obedecerle. Durante las pruebas y persecuciones de los últimos días, sólo permanecerán de pie aquellos que amen sinceramente a Dios. Por eso es sumamente importante comprender la salvación y el fundamento de nuestra esperanza. Si alguien le apunta a la cabeza con una pistola y amenaza matarlo a menos que viole los mandamientos, usted deberá saber cuál es el fundamento de la salvación para poder mantenerse firme.

Si cree que la salvación reside en usted –en su obediencia, su propia justicia, sus buenas obras–, está en un grave problema porque Isaías dijo que todas nuestras justicias son como “trapo de inmundicia” (64:6). Pero si su esperanza está arraigada en

Jesús y en lo que él hizo por usted, su fe estará firme, no importa cuáles sean las circunstancias.

¿Percibe la conexión entre los tres mensajes? Son una cadena de verdad, verdad presente, basada en lo que Cristo hizo en nuestro favor. Con razón Elena de White dijo que “en verdad” la justificación por la fe es el mensaje de los tres ángeles. Todos los demás mensajes descansan sobre este grandioso fundamento. Si se quita la justificación por la fe, todo lo demás se desmorona.

¡Qué privilegio tenemos, no sólo de conocer a Jesús, sino de conocer su voluntad para nuestras vidas! Hemos sido bendecidos con el “evangelio eterno” en el contexto del mensaje del tercer ángel.

El mundo necesita saber lo que conocemos, y no sólo lo que conocemos, sino a Aquel que conocemos! Nuestro gran desafío es conocer y experimentar el evangelio de Cristo por nosotros mismos, el evangelio eterno para esta época, para luego compartir esa experiencia con el mundo.

Tenemos que dar una advertencia, pero a diferencia de los rótulos esparcidos en las Alturas de Golán, no es simplemente acerca de algo terrible. Nuestro mensaje no es enseñar simplemente cómo evitar la marca de la bestia. Es, más bien, enseñar cómo experimentar el gozo, la esperanza y la libertad que se hallan en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Es un mensaje que muestra cómo sobrevivir en un mundo que se desintegra rápidamente. El mensaje no recalca la ira de Dios, sino su amor.

Telémaco vivía en una remota aldea donde cultivaba su hortaliza y pasaba mucho tiempo en oración. Un día le pareció oír la voz de Dios que le ordenaba ir a Roma, a la cual obedeció. Se dirigió a la capital a pie. Llegó a la ciudad semanas después muy cansado, en la época en que se celebraba allí un gran festival. Siguió a la muchedumbre por las calles, hasta llegar al Coliseo. Allí vio a los gladiadores que, de pie frente al emperador, le decían: “Ave César, los que van a morir, te saludan”. Vio cómo aquéllos luchaban hasta morir con el sólo fin de entretener al populacho. No pudo resistir más, y gritó:

–¡En el nombre de Cristo, deteneos!

Con mucha dificultad, se abrió paso entre la multitud, saltó el muro y cayó en la arena. Al ver la diminuta figura que se apresuraba hacia los gladiadores, rogándoles: “¡En el nombre de Jesús deteneos!”, la concurrencia pensó que era una variación del espectáculo, y resonaron las risas. Pero al darse cuenta de que eran las súplicas en serio, las risas se tornaron en furia. Mientras

Telémaco continuaba implorando a los gladiadores que se detuvieran, uno de ellos lo atravesó con su espada. El cristiano se desplomó en la arena. Mientras expiraba, sus últimas palabras fueron:

-¡En el nombre de Cristo, deteneos! En ese momento algo extraño ocurrió. Los gladiadores se quedaron mirando a la figura sangrante que yacía ante ellos. Reinó un profundo silencio en el Coliseo. Un hombre se levantó de la primera fila y empezó a salir. Otros lo imitaron. Con reverente silencio, todos abandonaron el lugar. Era el año 391 d.C., y aquélla fue la última pelea a muerte de los gladiadores en el Coliseo Romano. Nunca más los hombres se mataron unos a otros para deleitar al populacho en aquel gran estadio. ¿La causa? Una tenue voz, que a duras penas pudo oírse entre el tumulto. Una voz, una vida que habló la verdad en el nombre de Dios. He ahí nuestro desafío hoy: ser voces que digan la verdad en el nombre de Dios a un mundo hundido en el pecado.

El mundo no necesita tanto nuestros hospitales, escuelas o casas publicadoras. Esas instituciones no son más que simples herramientas que usamos para preparar al mundo para el reino de Dios. Lo que el mundo necesita son personas, individuos con una misión, dispuestos a ser la voz que habla la verdad en una época inundada de falsas enseñanzas. El mundo necesita que usted y yo le anunciemos las buenas nuevas del evangelio eterno de Jesucristo en el contexto de los mensajes de los tres ángeles.

Nuestra mayor oportunidad

Unos quinientos años antes de Cristo surgió en Grecia un movimiento de filósofo itinerantes, llamados sofistas. Estos humanistas seculares de ese tiempo rechazaron las antiguas concepciones religiosas junto con los dioses griegos clásicos y formularon un cierto tipo de “pragmatismo escéptico”. Enseñaban que el valor último de una creencia no radica en que ésta sea verdadera, sino en la utilidad práctica que tenga en la vida de la persona. Percibían la verdad como algo subjetivo y enseñaban que cada persona es el árbitro definitivo de la verdad. El más influyente de los sofistas -Protágoras- escribió: “El hombre es la medida de todas las cosas”.

Como respuesta a ese relativismo, Platón, que creía en una realidad absoluta, declaró: “No veo por qué Protágoras no dijo que el cerdo o el mandril con cara de perro, o alguna otra criatura que tiene sensaciones, es la medida de todas las cosas”.

Hoy, 2,500 años más tarde, afrontamos desafíos filosóficos semejantes, con etiquetas diferentes: relativismo, subjetivismo, existencialismo, posmodernismo. Vivimos en una época en la que los absolutos han desaparecido para dar lugar a las ambigüedades. Muchos alegan que la verdad es un asunto de opinión. Lo que la fe es para unos, para otros es un cuento de hadas. Lo que es bello para éste, para aquel es bestial. Al que unos consideran santo, para otros es pecador. Gertrudis Stein escribió: “En el siglo XX nada concuerda con nada”.

Desafortunadamente, nuestra iglesia no se ha librado del ataque a los valores absolutos. Aun en la Iglesia Adventista del Séptimo Día existe un creciente escepticismo pragmático, una tendencia creciente a relativizar todo lo que creemos. Percibo una fuerte tendencia a reemplazar los absolutos con nuestras opiniones; a medir la verdad, no con la norma de la Palabra sino con la norma del mundo. A redefinir la Palabra según nuestra propia imagen.

Esta tendencia filosófica me preocupa profundamente. Creo que ha llegado el momento de hacerle frente con franqueza. Quiero afirmar abiertamente mi creencia en la verdad absoluta. Esa verdad es Jesucristo, quien declaró: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6).

Quiero afirmar sin reservas que creo que Jesús es el Señor, y que Dios creó al mundo a través de él en una semana, hace unos pocos miles de años.

Quiero afirmar con fuerza que creo que Jesucristo nació de mujer, que vivió una vida perfecta y sin pecado, que cuando llegó el cumplimiento del tiempo murió por los pecados del mundo, que resucitó de los muertos y que ahora es nuestro Sumo Sacerdote que ministra en nuestro favor en el santuario celestial.

Quiero afirmar inequívocamente que la salvación se obtiene por la fe en lo que Jesucristo realizó por nosotros en la cruz y no a través de nuestra obediencia.

Declaro que Cristo pronto vendrá para ponerle fin a este mundo tal como lo conocemos.

Afirmo que la Biblia es la Palabra de Dios, no que simplemente contiene la Palabra de Dios.

Quiero afirmar abiertamente que existe una norma absoluta de lo que es correcto y erróneo y que ésta se encuentra en las Sagradas Escrituras, en los Diez Mandamientos, incluyendo la observancia del séptimo día (o sábado), que está en el centro de todos ellos.

¡Estas son verdades absolutas, hermanos creyentes, no importa lo que creamos acerca de ellas, e incluso si no creemos en ellas!

Y hay otra verdad que quiero proclamar valientemente. Creo que, entre todas las iglesias y organismos religiosos que existen en el mundo, Dios tiene uno, y un solo cuerpo: su pueblo remanente.

Si bien Dios tiene creyentes fieles en otros cuerpos religiosos, tiene un movimiento, un cuerpo llamado a la existencia para realizar una tarea específica que ningún otro cuerpo religioso puede desempeñar en estos postreros días. Sin apologías, sin excusas, sin temor a equivocarme, creo firmemente que este cuerpo remanente es la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que es un movimiento profético.

Hay quienes se sienten incómodos con la idea del remanente; temen que nos conduzca a una arrogancia espiritual similar a la de los fariseos. ¿No ni hace pensar la idea del *remanente* que somos espiritualmente superiores a otros? ¿No es esto contrario al espíritu de Cristo?

En parte, el espíritu prevaleciente en esta época nos conduce en esa dirección. El pensamiento contemporáneo considera que no tener espíritu de juicio contra otros es una de sus más grandes virtudes. Aunque parecerá arrogante a algunos, todavía permanece el hecho de que la Sagrada Escritura clara: Dios siempre ha tenido un pueblo remanente y lo tendrá hasta el fin de los tiempos.

Creo que la Iglesia Adventista del Séptimo Día y sólo ella, cumple las características proféticas que describen con claridad al remanente corporativo. Pero lo digo también con profunda tristeza. Triste porque no soy lo que debiera ser. Que nosotros como pueblo, no somos lo que debiéramos ser. Digo es en el temor del Dios del cielo: un pueblo bendecido con gran luz, que no ha vivido siempre a la altura las altas normas divinas; que Dios se apiade de nosotros. El que Dios nos haya escogido para ser su movimiento remanente, a fin de llevar su verdad, amor y salvación al mundo en los días finales de la historia, es una gran oportunidad; pero también es una gran responsabilidad.

Permítaseme mostrar una razón por la cual creo en el llamamiento divino de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Si creemos que el capítulo 8 de Daniel presenta el mensaje escatológico especial de la purificación del santuario; y si creemos que Apocalipsis 14 presenta los mensajes de los tres ángeles con la advertencia final de Dios al mundo, antes de la venida de Cristo, quiero preguntar, ¿quién(es) está(n) predicando al mundo hoy estos temas apocalípticamente importantes? ¿Los mormones, los bautistas, los católicos, los testigos de Jehová, los metodistas o carismáticos...?

Sólo conozco a una iglesia que proclama la trascendencia y el significado de estos mensajes para el tiempo del fin: es la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Hace más de un siglo y medio que las profecías de Daniel y Apocalipsis dieron origen a un movimiento –el adventismo– del cual surgió nuestra iglesia y de la cual heredamos nuestra comprensión de las profecías. No tenemos de qué avergonzarnos; no tenemos nada que esconder ni relativizar. Sólo tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados, de nuestra enfermedad laodicense y de nuestra menguante fe en el destino profético de nuestro llamamiento. Creo que no somos únicamente una iglesia, sino un movimiento, un cuerpo profético llamado a predicar al mundo el mensaje de la verdad presente.

Repasemos las marcas que identifican a este último pueblo. Apocalipsis 12:17 describe a este movimiento: “Entonces el

dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto (remanente) de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”.

Un punto se destaca en esta descripción: Este “resto de la descendencia de ella” aparece *después* del período profético de 1260 años, delineado en Daniel y Apocalipsis, que se refiere al reinado de la Roma religiosa antes de recibir la herida de muerte mencionada en Apocalipsis 13. De modo que el remanente, este movimiento, debería aparecer en algún momento a fines del siglo dieciocho, o a principios del diecinueve. Esta sencilla identificación elimina automáticamente a todas las iglesias del período de la Reforma, afirmando que no pueden ser el remanente corporativo.

La segunda característica del “resto de la descendencia de ella” es que “guardan los mandamientos de Dios”. Cualquiera sea la interpretación que se dé a este texto, la frase “los mandamientos de Dios” significa, por lo menos, los Diez Mandamientos.

Esto requiere una paciente perseverancia por parte de los santos que obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles a Jesús (Apoc. 14:12).

La persona que diga “yo le conozco” pero no hace lo que él ordena, miente, y la verdad no está en ella (1 Juan 2:4).

Entonces, ¿anulamos la ley por causa de esta fe? En ninguna manera, más bien confirmamos la ley (Rom. 3:31).

“Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa” (Efe. 6:2).

“Dichosos los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas de la ciudad (Apoc. 22:14).

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

En el mismo centro de los mandamientos de Dios está el cuarto, el cual casi todo el mundo cristiano ha ignorado. Los hermanos que observan el domingo pueden ser sinceros, diligentes y fervorosos; pero la Biblia dice que el séptimo día, no el primero, “es reposo para Jehová tu Dios” (Exo. 20:10); por ello, los que guardan el domingo no llenan la segunda característica del remanente. Los mandamientos de Dios deben incluir el séptimo día o sábado. Recapitulando diré que, además de surgir después de fines del siglo dieciocho o inicios del diecinueve, el

remanente será asimismo, guardador del séptimo día, o sábado. Con esta segunda característica queda eliminada la vasta mayoría de grupos religiosos no eliminados en la primera.

La tercera característica es que el remanente tiene “el testimonio de Jesús”, que es “el espíritu de la profecía” (Apoc. 12:17 y 19:10).

Las limitaciones de espacio que nos impone este libro no nos permiten considerar todos los detalles de esta última característica; pero quiero decirles que Dios ha dado a esta iglesia un don maravilloso, que es el “espíritu de profecía”. Creo que así como Dios se ha comunicado estrecha y claramente con su remanente a través de la historia, lo ha hecho como este movimiento a través de los escritos y el ministerio de Elena G. de White. ¿A quién más se le ha dado este maravilloso don? A nadie más. Esta es otra razón por la cual creo que nuestra iglesia, y sólo ella, cumple la descripción del remanente que se encuentra en la Biblia.

Por último, en Apocalipsis 14:12 se añade otra señal identificadora de la iglesia remanente de Dios: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”.

La fe de Jesús es un elemento clave. Otras iglesias pueden tener la fe de Jesús, pero desconocen la naturaleza obligatoria de los mandamientos de Dios; y es indiscutible que el pueblo de Dios debe poseer los dos. Todos necesitamos la fe de Jesús, porque todos hemos quebrantado los mandamientos de Dios. Como dice en 1 Juan 1:8: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”.

Notemos, sin embargo, que si bien la observancia de los mandamientos es un distintivo del último remanente, no es la fuente de la esperanza para el pueblo de Dios; no es la fuente de la seguridad de su salvación. Su esperanza descansa totalmente en aceptar por fe a Jesucristo y la justicia que él ha ganado para ellos. Elena de White lo expresa así:

Si reunierais todo lo bueno, santo, noble y bondadoso que hay en el hombre, y lo presentarais a los ángeles de Dios como un mérito para la salvación del alma humana, la propuesta sería rechazada como traición (Materiales de 1888, pág. 816).

¿Se puede aclarar aún más este punto? A diferencia de la mayoría de las otras iglesias, nosotros sí guardamos los mandamientos de Dios, pero nuestra esperanza y seguridad se fundan en la fe de Jesús. Podemos tener seguridad, no porque

guardamos los mandamientos de Dios, sino porque tenemos la fe de Jesús, que es confianza total en Dios.

Tenemos confianza y seguridad de nuestra salvación, no por lo que podemos hacer, sino porque, por la fe, nos asimos de aquello que Cristo logró por nosotros. Podemos estar seguros de nuestra salvación porque nuestra esperanza está anclada fuera de nosotros, aunque somos el remanente que “guarda los mandamientos de Dios” (Apoc. 12:17).

Cuando afirmo que la Iglesia Adventista del Séptimo Día es el remanente de Dios de los últimos días, no quiero decir que sólo los adventistas son su pueblo o el objeto de su amor. Tampoco quiero decir que únicamente los adventistas siguen a Jesús. Obviamente, en todas las denominaciones religiosas hay seguidores dedicados y semejantes a Cristo. ¡De hecho, algunos de ellos reflejan el amor de Jesús mejor que algunos adventistas! Sin embargo, ese no es el punto. El hecho es que ningún organismo religioso comprende y practica la verdad presente como lo hace la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Consideremos al antiguo Israel. Si algún judío que viviera en Israel en cualquier período anterior a la primera venida de Jesús se hubiera desanimado por causa de los pecados y el formalismo vacío de la fe hebrea, ¿adónde podría haber ido para encontrar la verdadera religión? ¿A los romanos adoradores del sol? ¿A los egipcios que se inclinaban ante las ranas? ¿Se uniría a la religión de Diana o al culto cananeo de Baal? No importa cuán muerta espiritualmente hubiera estado su iglesia, en ninguna otra parte podría haber encontrado más verdad doctrinal.

Lo mismo ocurre con nuestra iglesia hoy. ¿Adónde puede ir un adventista enojado con su iglesia, sin comprometer sus creencias básicas? ¿A una iglesia que guarda el domingo y no el sábado bíblico? ¿O a una que cree que los muertos están ahora mismo quemándose en el infierno? ¿O inventará una nueva religión? “Ahora no podemos alejarnos del fundamento que Dios ha colocado”, explica claramente Elena de White. “No podemos entrar en ninguna nueva organización, porque esto significaría apostatar de la verdad” (Mensajes selectos, tomo 2, página 449).

¡Comprenda, por favor! No estoy aligerando la gravedad de nuestros problemas como iglesia. Créame que no estoy diciendo que todo está bien y que todos los adventistas son cristianos maravilloso que están preparados para la segunda venida del Señor. Al contrario, ¡si usted supiera de algunas cosas que pasan por mi escritorio! ¡Si tan sólo pudiera ver algunas de las cosas que veo y oigo! Es doloroso, muy doloroso, ver lo que el enemigo

de la almas intenta hacer -y algunas veces logra hacer- con esta iglesia.

Pero no estoy descorazonado. No he perdido (ánimo. Creo que esta es la iglesia de Dios, y que i la usará para que, de una manera u otra, realice l tarea para la cual la trajo a la existencia. ¡Este es nuestro gran llamamiento y oportunidad!

En años recientes se ha hablado del “adventismo histórico”. Algunos alegan que la denominación, la “organización”, como ellos la llaman, ha apostatado de la verdad, y sólo ellos mantienen viva la llama del adventismo histórico.

En primer lugar, ¡cuidado con el “adventismo histórico”! No todo lo que creían nuestros pioneros era correcto. Algunos de ellos eran arrianos, ¡es decir, no creían que Jesucristo fuera plenamente Dios! Aun a principios del siglo veinte nuestras imprentas publicaron libros que contienen huellas de esas ideas. Si aquellos que desean que nos aferremos al “adventismo histórico” quieren esa parte de nuestra herencia teológica, ¡pueden quedarse con ella!

Otros pioneros estaban convencidos de que Turquía, como nación, debía desempeñar un papel muy importante en los eventos de los últimos días. ¿Desean esta parte también aquellos que reclaman un retorno al “adventismo histórico”?

Durante años, muchos de nuestros predecesores no entendieron la justificación por la fe y eran excesivamente legalistas. No comprendían que la salvación es fruto sola y exclusivamente de lo que Jesús logró en la cruz en nuestro favor. Estaban tan aferrados a su legalismo que en 1888 rechazaron el verdadero mensaje evangélico centrado en la justicia de Cristo. ¿Quieren también este legalismo aquellos que pretenden tener el “adventismo histórico”? Algunas de sus publicaciones parecieran indicar que su respuesta es “Sí”.

Rechazo la acusación hecha por estos grupos de que la “organización” se ha alejado de las verdades esenciales. ¡Inadmisible! Basta leer el libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día. Una exposición bíblica de las 27 doctrinas fundamentales* para darse cuenta de que, como iglesia, no hemos rechazado las verdades cruciales del “adventismo histórico”. Creo que la Iglesia Adventista de Séptimo Día -los adventistas leales, que pagan el diezmo, que asisten a los cultos, que apoyan a la misiones, que testifican de su fe- son los adventista históricos, y nadie más.

Si hubo un tiempo en el cual hemos de creer nuestro mensaje y confiar que Dios suscitó este movimiento, es ahora. Analice lo que ha estado ocurriendo en el mundo, por favor.

Hace cinco años, cuando la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica disputaban cada pulgada de territorio en el mundo, era difícil imaginar que esta última nación podía cumplir función que la profecía le asigna en los últimos días. Pero hoy, casi de la noche a la mañana, el orden mundial ha cambiado, y los Estados Unidos se yerguen como la única superpotencia mundial. La profecía se ha cumplido.

Hace poco, dirigentes religiosos católicos romanos y evangélicos firmaron el documento "Evangélicos y católicos unidos: la misión cristiana en el tercer milenio". Esta es una declaración de unidad que insta a católicos y protestantes a deponer sus diferencias y a trabajar juntos en la causa de Cristo, no sólo en el evangelismo, sino también en aspectos sociales de interés para ambas comuniones. ¿Había ocurrido algo parecido desde que Martín Lutero clavó las 95 tesis en la puerta de su iglesia en el siglo dieciséis? La profecía se ha cumplido.

Mire en torno suyo, Jesucristo debe venir pronto; pero antes que eso ocurra, mi Biblia me dice que el mensaje de los tres ángeles debe ser predicado "a toda nación, tribu, lengua y pueblo" (Apoc. 14:6). Ahora permítame hacerle una pregunta: ¿Quién está predicando hoy el mensaje de los tres ángeles? Conozco sólo a un grupo, un movimiento, que lo está haciendo... nuestra iglesia.

De acuerdo con la Palabra de Dios, estos mensajes serán predicados al mundo entero. Y, siendo que nuestro movimiento es el único que lo está haciendo, está destinado a triunfar donde todos los otros han fracasado. Esta verdad triunfará. Pero ¿triunfaremos nosotros, como individuos juntamente, con ella? Esa es una pregunta fundamental. Y en muchos sentidos, es la pregunta más importante. Esta gran oportunidad no debería enorgullecernos. Lo que debería hacer es inducirnos a ponernos sobre nuestras rodillas en humilde dedicación al gran llamamiento que Dios nos hace.

Dios no pretende que trabajemos tanto en la salvación de otras almas, que perdamos la nuestra. Si amamos este mensaje, lo mejor que podemos hacer es encargarnos de nuestra propia salvación primero. Pablo escribió: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe" (2 Cor. 13: 15). La mayor necesidad del movimiento adventista es que diariamente se lleve a cabo esa experiencia en la vida de cada uno de los miembros, junto con el compromiso de compartir las buenas nuevas con un sentido de

urgencia, acorde con la hora del juicio. Si tenemos esto, el Señor podrá obrar a través de nosotros en formas que ni siquiera nos imaginamos. Cuan esa sea nuestra experiencia, esta iglesia tendrá un poder, un dinamismo y una energía que nadie podrá contrarrestar.

“Estos que trastornan al mundo entero también han venido acá” (Hech. 17:6), gritaron los paganos de Tesalónica. Si los primeros cristianos, que apenas eran unos pocos miles, pudieron trastornar al mundo hace dos mil años, ¿qué no harán al planeta más de 8 millones de adventistas del séptimo día bien convertidos, entregados al Señor, muertos al yo, si están provistos de radioemisoras, satélites, centros de producción audiovisual, casas publicadoras, una impresionante red educativa y médica, además de las iglesias locales?

Tenemos todos los medios y el equipo técnico necesarios. Tenemos las cifras necesarias. Dios ha confiado a su pueblo todos los recursos necesarios. Y ciertamente tenemos el mensaje. Pero toda la tecnología, el equipo, las cifras, el dinero y el mensaje, de nada nos sirven si nos falta esa esencial conexión con Cristo. Esa relación diaria y viviente con él sólo puede derivarse de nuestra decisión de entregarnos a él momento tras momento. “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él” (Col. 2:6).

Imagínese lo que ocurriría si todos aquellos cuyos nombres están en los libros de la iglesia empujaran en la misma dirección, en la dirección de Cristo. Nuestro movimiento cabalgaría como sobre la cresta de una ola sobre la tierra y pronto nuestra obra terminaría. ¡Qué bendita esperanza! ¡Que oportunidad! Puede ocurrir. Algún día ocurrirá.

Es una verdad absoluta.